

aspecto la llenó de alegría haciéndola prorrumpir en ruidosas carcajadas.

En cuanto á Lágrimas, se inclinó sobre el rostro de su hermanita, y lo besó tiernamente dos ó tres veces, quedándose después meditabunda y pensativa.

CAPÍTULO XV

EL PADRE

Algunos días después de la llegada de Lágrimas, se hallaba Dolores sola, como de costumbre, y lánguidamente reclinada en un sillón.

Su actitud era la de una persona que sufre uno de esos dolores sordos, lentos, que no tienen ni el consuelo de las lágrimas: hacía ya mucho tiempo, mucho, que Dolores no sabía llorar.

Milord Sheridan la asediaba más cada día: era un hombre gallardo, joven, elegante, algo frío, y que la amaba con la caballerosa ternura que es el *non plus ultra* de la pasión en la nebulosa Inglaterra.

Delante de Dolores había un velador, y sobre él un vaso del Japón, de forma artística, sostenía un soberbio ramillete de camelias y violetas de Parma.

Tendidas sobre unos almohadones morunos, riendo y gorjeando como dos pájaros, se hallaban Lágrimas y Luz.

El ramo era regalo diario de milord Sheridan, que lo enviaba cada mañana con su lacayo.

Eran las seis de la tarde. Dolores dejaba resbalar por sus cabellos un mortecino rayo del sol, y ataviada con un precioso traje de raso carmesí, adornado de encajes negros, se asemejaba á una bella estatua de la melancolía.

De cuando en cuando, empero, se volvía para echar una mirada sobre las dos niñas, que iba á caer sobre Luz empapada de ternura.

Las dos criaturas se hallaban vestidas de blanco y con igual primor.

El criado de la antesala alzó la cortina y envió al gabinete de su señora, con su campanuda voz, este anuncio:

—¡El señor Conde de Elvén!

Dolores se levantó, quedándose lívida: un rayo que hubiera caído á sus pies, la hubiera petrificado menos.

El Conde entró llevando el sombrero en la mano, y se inclinó ceremoniosamente delante de ella.

Luego dejó su sombrero en un sillón, y, arrojándose en la alfombra, tomó á Lágrimas entre sus brazos y cubrió de besos su carita morena.

Ante aquel espectáculo, Dolores sintió que su corazón palpitaba aceleradamente.

Gonzalo sabía que aquella era su hija: iba á verla... ¡y quién sabe si á llevársela!

Este último pensamiento cambió el curso de las ideas de la joven.

—¡Oh! Coralía tenía razón—pensó—esta niña trae á su padre á mis pies.

Tiró del cordón de la campanilla y se presentó el lacayo de la antecámara.

—Que venga el aya—dijo con voz breve y helada.

—¡Qué, señora!—exclamó Gonzalo levantando la cabeza y dejando de nuevo á Lágrimas en el sitio que ocupaba:—¿no quiere usted darme el placer de que abrace á mi hija?

—No comprendo á usted, caballero—respondió Dolores midiéndole con una ojeada de profundo desprecio; y viendo al aya que entraba, añadió:

—Querida miss Ofelia, suplico á usted que se lleve á mis hijas.

La inglesa obedeció como un autómeta, llevándose á las dos niñas.

El Conde y Dolores quedaron solos y frente á frente en un terrible y amenazador silencio.

Ella fué la primera que halló fuerza para hablar.

Volvióse en su sillón, y miró al Conde durante algunos minutos con atención.

Gonzalo hubo de inclinar los ojos ante aquella mirada amenazadora.

—Señor Conde—dijo ella con voz lenta y dejando caer una á una sus palabras:—le estoy á usted mirando de esta suerte para ver si siento levantarse en mi pecho un movimiento de humanidad, un recuerdo solo de aquella ternura que le dediqué á usted... y ¡nada... nada...; mi corazón está muerto... y muy muerto, por la mano de usted!...

—¡Perdón, Dolores!—exclamó el Conde con voz baja y trémula, y uniendo las manos.

La joven se levantó y dió algunos pasos muy despacio hasta llegar á él: entonces le puso la mano sobre el hombro, y murmuró con lentitud:

—¡Perdón! ¿Quieres que te perdone, feliz esposo de la bella y opulenta Rita Ponce de León? ¡Devuélveme la fe, el amor y la virtud que me quitaste! ¡Devuélveme los padres que me has robado; mi inocencia, que has marchitado para siempre; mi castidad ultrajada; el pudor, cuyos restos te arrojé á la cara al marcarme mi mano el día de tu boda; mi libertad, encadenada para siempre á un hombre indigno! ¡Devuélveme todo

eso..., haz que yo sea lo que era... y te perdonaré!...

El silencio siguió á estas palabras.

—¿Á qué has venido aquí, ilustre Elvén?—prosiguió Dolores, separando la mano de la espalda de Gonzalo y cruzando sus brazos sobre el pecho, con una amargura helada, mortal, por decirlo así.—¿Á qué has venido?; ¿á ver á tu hija? ¡Ya lo has conseguido... mas por última vez! La deshonra de su nacimiento ha caído sobre mí..., sobre mí sola...; tú has quedado siendo el noble, caballeroso y opulento Conde de Elvén! Esa niña, pues, es mía: ¡bien cara la he comprado, y no te cederé ni un instante de su vida!

—¡Dolores!—exclamó el Conde,—óyeme y no me condenes así, sin escucharme! Ahora he venido, es verdad, porque sabía que estaba aquí nuestra hija: esta hija que yo sabía que existía... Comprendo tu amarga risa ante lo que llamarás, y con razón, monstruosa indiferencia... Pero, ¿qué quieres? Yo no me atrevía á verte: sabía que te había ofendido cruelmente... Pero anoche supe que había llegado á tu casa una niña de dos años, criada bajo el amparo de Berta...; supe que esta niña había venido á tu lado... y ya lo ves, pasando por todas las consideraciones, sin pensar

en tu justa indignación al verme... ¡aquí estoy!...

—¿Y qué quieres?—volvió á preguntar Dolores.

—¡Mi hijal; ¡dame á mi hijal! ¡Tú tienes otra!... Á mí me ha negado el cielo la dicha de ser padre.

—¡Sí, te ha negado la dicha de tener esos hijos que el mundo llama legítimos, que la sociedad acoge bajo su amparo! ¡Ha castigado bien la cobarde crueldad que has usado conmigo! Pero, te lo repito, ¡esta niña es mía! ¡Tú renunciaste á ella!... No esperes, pues, que te ceda ni una sola de sus miradas. Se llama Lágrimas, ¿comprendes?; ¡así la llamó mi pobre madre! ¿Para qué quieres tú que ese triste nombre altere tu dicha doméstica?

El Conde guardó silencio: todas las heridas de Dolores se abrían para dar paso á aquella facundia amarga que brotaba de sus labios, y él, mudo de vergüenza y de dolor, no sabía articular un solo acento.

Dolores, fatigada de su propia emoción, pues aquella alma de hierro tenía por cárcel un cuerpo harto frágil, se sentó de nuevo y cruzó sus dos brazos sobre el pecho para comprimir su agitación.

Estaba verdaderamente hermosa: sus mejillas pálidas hacían parecer más grandes y más brillantes sus rasgados ojos negros; algunos rizos de sus cabellos, de un castaño obscuro y sedoso, se deslizaban por sus hombros, destacándose admirablemente sobre el color subido de su traje; su agitado pecho se levantaba en tumultuosos movimientos de ira, del mismo modo que el mar se agita en tanto rueda el trueno por los cielos; temblaban sus rosados labios como tiemblan las hojas de una flor batidas por el viento, y de cuando en cuando levantaba el superior una sonrisa convulsiva enseñando sus menudos dientes.

No, no hubierais podido reconocer en aquella hermosa mujer indomable y fiera á la casta y suave Dolores, que tres años antes amaba á Gonzalo con tan entusiasta ternura. Dolores había muerto con sus padres: la esposa de Florestán en nada se le parecía.

—Dolores—dijo el Conde,—debo darte alguna excusa, por débil que sea. Cuando yo vine de Sevilla, ni era lo que mi madre creía ni lo que parecí á tus padres: la riqueza, las malas compañías, los desórdenes, en fin, habían estragado mi buen natural, y no creía en la virtud de las mujeres. Después de aquella malhadada cita, pensé

en que tú eras una mujer como todas, en que no merecías más que otras que habían corrido tu misma suerte; además, todos mis amigos, jóvenes, ricos y disipadores, se burlaban de mis amores y de mis compromisos contigo... Para ellos, el casamiento era un negocio; el amor un placer. Dije á mi madre que no te amaba y que quería casarme con Rita, á la que ya conocía de Sevilla, y que era la sola mujer que había hecho impresión en mi alma. Mi madre me hizo mil reflexiones; pero uno de mis amigos de allí se encargó de convencerla de que tú amabas á otro, y de que este matrimonio debía hacernos igualmente desgraciados... Ello es que yo me vi casado casi sin saber que iba á casarme... Después, mi buena madre descubrió la verdad, y el pesar de tu desgracia y el abandono en que yo te había dejado, ocasionaron su muerte.

Soporté esta pérdida con una resignación de que en otra ocasión no me hubiera creído capaz. Yo amaba á Rita: por un amargo sarcasmo de la suerte, la amaba más desde que era mi mujer; la amaba más cada día; la posesión había apagado siempre mi amor, la posesión lo avivaba entonces: ¡no hubiera sido así si Rita me hubiera amado á mí!

Como sucede comúnmente, el amor ahuyentó todos los malos pensamientos y trajo todos los buenos: volví á ser justo, tierno y generoso. Rita me manifestó desde luego algún despego, y creí vencerlo á fuerza de amor y consideraciones... ¡Vana esperanza!... Dios, siempre justo, me castigó con los mismos tormentos que yo había ocasionado: ¡Dios tenía decretado que nunca sería feliz!

Mi mujer tuvo mil adoradores: su gracia, su perfecta educación, su extrema juventud, su elevada clase, todo atraía en derredor suyo á lo más escogido de la alta sociedad; la traje aquí, y aquí sucedió lo mismo.

Mil veces pedí al cielo un hijo para mi consuelo y compañía: el cielo me lo negó siempre.

Las relaciones más durables en mi mujer han sido las de tu marido: he llegado hasta á olvidar todos los preceptos de la dignidad de esposo, quejándome á Rita de su intimidad con Benavente; pero ella me ha respondido como siempre:

—¿Crees tú que yo puedo amar á semejante hombre? Hazme más favor.

Pero su intimidad sigue, acaso por uno de esos caprichos femeniles que forman el carácter de Rita, acaso porque sienta un afecto verdadero

—Dolores—repuso el Conde,—veo que eres mi

enemiga mortal, y, sin embargo, quiero confesar-te que pensé hallar aún vivos en tu corazón los recuerdos de lo pasado; y qué, ¿será posible que me engañe? ¿Tres años han podido cambiarte de una manera tan radical y tan terrible? ¿Aquel corazón tierno y todo mío, se ha petrificado de tal suerte que nada pueda ablandarlo?

En aquel instante, el tapiz de una puerta situada á espaldas del Conde, y que comunicaba con las habitaciones interiores, se agitó produciendo un leve ruido; pero ni Gonzalo ni Dolores lo advirtieron.

—Observo, caballero—dijo la joven con helada é hiriente sonrisa,—que á pesar de sus protestas de enmienda, no se ha hecho usted mejor de lo que era, y que aún ha ganado algunos pasos en el terreno del mal; viendo que con la verdad no puede engañarme, acude á la mentira: ¿va usted á decirme ahora que aún podrá amarme? ¡Sería gracioso!

—¿Es acaso imposible que así suceda?—preguntó el Conde tomando una mano de la joven, que halló helada.—¿Crees que los recuerdos no tienen ningún poder sobre mí?

—Lo creo así.

por ese hombre. No la creo culpable; su corazón es demasiado frío para eso: es una niña que ve en cada hombre un juguete, y que gusta más del que más la halaga. Pero yo estoy solo y triste; en vano he procurado volver á mi vida de disipación y de aventuras: nada llena el inmenso vacío que deja en mí la indiferencia de esa mujer.

Berta, cuando nos ha escrito, jamás nos ha hablado de esa niña que se criaba bajo su protección: su delicado corazón creyó deber ocultar á su hermana el triste secreto de su nacimiento; pero yo he sabido, porque tu marido lo dijo á Rita, que ibas á traerle á una niña hija tuya, y que ya tenías al casarte con él: Rita me lo dijo á mí; mi corazón me avisó, y he venido para decirte: «Dolores, tú tienes dos hijas: dame, pues, la mía, para que me venga de los martirios de mi matrimonio, y para que acompañe mi soledad.»

—Y yo—repuso Dolores,—te respondo: «Gonzalo, jamás te cederé la hija que abandonaste y que yo recogí: quitámela si puedes.»

—¡Oh, si pudiera!—exclamó el Conde levantándose con las mejillas teñidas con la purpura de la cólera.—¡Si pudiera justificar que esa niña era mía, te la quitaría y huiría con ella!

—Lo sé, y te desafío á que lo hagas.

—Pues bien, oye lo que voy á proponerte: huyamos con mi hija y con la tuya; yo la acepto también. Nos fijaremos en cualquier rincón del mundo; me bastará la más modesta existencia al lado de mi hija...; procuraré olvidar del todo á Rita, y tú volverás á ocupar mi corazón; sí, no lo dudes: nuestros recuerdos nos ayudarán para formar de nuevo el lazo de nuestro amor. Cede, Dolores; cede, y todo, todo lo abandonaré por ti.

Un grito de la joven siguió á estas palabras: de entre los pliegues del tapiz de seda había visto salir á la amenazadora y sombría figura de su marido.

El Conde, siguiendo la dirección de la mirada de Dolores, se volvió para ver quién causaba su terror; pero en el mismo instante sintió en su mejilla la huella de una mano que descargaba sobre ella una terrible bofetada.

Loco de furor, fué á arrojar sobre Flores-tán; pero éste le presentó con la otra mano una tarjeta.

—¡Lea usted eso—le dijo señalando un renglón escrito con lápiz que se veía debajo de su nombre,—y salga al instante de aquí! Ya lleva usted señaladas las dos mejillas: la una por la mano de mi mujer, el día de su casamiento; la otra por la

mía, al quererla arrancar de su casa y del lado de sus hijas, llevando ya mi nombre.

Gonzalo dió algunos pasos hacia la puerta, siguiéndole Dolores con una mirada en la que brillaba un triunfo salvaje.

—¡Dios es justo, asesino de mis padres!—le gritó con voz ronca y agitada.—¡Dios es justo, y morirás á manos del amante de tu mujer!

El Conde salió de la estancia; la joven iba á desaparecer también por la misma puerta que había dado entrada á su marido, cuando éste, tan tranquilo como si acabara de despedir cordialmente á su mejor amigo, le dijo con voz serena y afectuosa:

—Espera, Dolores: tenemos que hablar.

CAPÍTULO XVI

DESPEDIDA

—Siéntate—prosiguió diciendo Florestán señalando á su esposa el mismo sillón que ella había ocupado durante su entrevista con el Conde:—siéntate y hablemos.

Dolores se sentó.

Su marido se sentó también, y luego continuó tranquilamente:

—El renglón escrito con lápiz que recomendé al Conde que mirase en mi tarjeta, sólo dice estas palabras: *Mañana, al amanecer, detrás de los Inválidos con un testigo*. Es indudable que irá, y es seguro que uno al menos de los dos, ó los dos quizá, quedaremos allí; si yo soy el solo que muere, tanto mejor: tengo sobre mí muchas culpas, pero ningún crimen; si sobrevivo, no me será tampoco sensible, pues la suerte tal vez me tendrá aún guardados algunos días hermosos. Pero aunque sobreviva, no volverás á verme sino después de mucho tiempo, porque tendré que ex-

patriarme. La causa de este duelo, ya la sabes, ó tu penetrante talento la adivina: amo á Rita con toda el alma, con un amor devorador, como se ama á los cuarenta y cuatro años, es decir, con el último amor de la vida: ¿por qué? No lo sé: acaso si lo supiera, no la amaría tanto. La pasión es tanto más vehemente y más ciega, cuanto tiene menos razón de ser. Ello es que la idolatro, que detesto á su marido...; y como además me ha inferido éste la injuria de quererte arrancar de mi lado y de llevarse también á mi hija, quiero matarle.

Dolores hizo un gesto de asentimiento, como si se tratase de la cosa más sencilla.

—Ahora bien, Dolores—prosiguió Benavente: —yo no he sido para tí lo que hubiera debido ser... No..., no he mirado ni aun por mi hija, y eso que la quiero con todo mi corazón. A mi muerte, ó á mi expatriación, es decir, mañana, os veréis en la miseria... Anoche perdí el último dinero que me quedaba...; y tengo además tantas deudas, que el mobiliario se venderá para pago de acreedores, y aún quedarán muchas insolventes. Dolores, cerca ya de la muerte, conozco lo culpable que he sido contigo y con mi hija, por la que tampoco he mirado como era mi deber.

—No lo siento por mí—repuso Dolores con una voz que, á pesar de su fortaleza, alteraban las lágrimas:—lo siento por ella, y por ella no puedo perdonarte. Ella es inocente de mis extravíos y de los tuyos: ni tú ni yo debíamos obligarla á comer el pan de la infamia... Héme aquí sola de nuevo sobre la tierra, sin recursos, sin amigos... y, además, madre de dos hijas. ¡Oh, Florestán! ¡Vas á responder delante de Dios, de haber enlazado mi destino con el funesto tuyo! Porque si yo me hubiera unido á otro hombre, las manchas de mi frente se hubieran lavado, y hubiera podido rehabilitarme á mis ojos y á los de la sociedad entera.

—En tanto que ahora—dijo Florestán como para completar el razonamiento de su mujer,—en tanto que ahora caerás en el abismo adonde te arrastrarán la pobreza, la juventud, la belleza y las seducciones de los placeres y de la opulencia: ¡lo sé, Dolores, y eso es lo que lloro amargamente! Para olvidar la fatal pasión que la Condesa me había inspirado, pasión devoradora como un incendio, he jugado, y he perdido; me he lanzado á todos los desórdenes que hacen olvidar, y, sin embargo, su imagen está aquí—exclamó golpeándose fuertemente el pecho con

su mano,—y sólo saldrá con mi último suspiro.

—Acabemos, Florestán—dijo Dolores con salvaje orgullo:—creo que no me has hecho detener para que escuche la pintura de tu amor por la Condesa. ¿Qué es lo que tenías que pedirme?

—Que eduques á mi hija bajo las leyes de eso que se llama virtud—exclamó aquel hombre desalmado uniendo las manos con fervor;—que no la dejes penetrar en tu vida, si es, como no podrá dejar de serlo, culpable y sombría. Dolores, un presentimiento me dice que voy á morir, y te hablo como un moribundo: en esta hora suprema, lloro amargamente el no haber sido hombre honrado, buen esposo y buen padre... Yo corro hacia el suicidio, porque este duelo debe hacer para mí las veces de tal: he provocado al Conde porque no puedo vivir sin el amor de su mujer, ni puedo vivir tampoco pobre, lleno de deudas, arruinado y escarnecido de mis compañeros de desórdenes y de los que han ayudado á perderme. Pero hoy quisiera ser joven, y en vez de esa senda del vicio, cubierta de flores, quisiera emprender la senda escabrosa de la virtud.

—Lo creo—respondió Dolores, cuyo sombrío enojo había dado lugar á una expresión indecible de tristeza:—lo creo, porque yo daría tam-

bién la mitad del tiempo que me queda que vivir, por hallarme hoy al lado de mis pobres y ancianos padres. Aún no tengo más que diez y nueve años, y á esta edad se casan muchas jóvenes honradas. ¡Oh, qué eternidad de tormentos he probado en los tres últimos años de mi vida, es decir, desde que ellos me faltaron! Recogida por caridad, casada después sin amor, y sólo por salir de aquel estado de dependencia, he ido deslizándome por la rápida pendiente que conduce al desorden, y he renunciado á la estimación de las gentes honradas. Hoy tengo deudas, Florestán: debo á Coralía diez mil francos, y, para pagarlos, no sé á qué recurso apelar...

—Pero, ¿y tu dote que hicistes asegurar?

—Le he gastado en un aderezo, que ya he vuelto á vender.

El silencio siguió á estas palabras: el esposo culpable, con la cabeza inclinada, no hallaba acentos en aquella hora suprema; la esposa callaba también.

¿Pensaba en los ultrajes que había recibido de aquel hombre?

¿Pensaba en el dolor de la pérdida que iba á experimentar?

Ni uno ni otro: aquel corazón frío sólo podía

latir por la ira, y hasta la ira se apagaba pronto en la helada superficie de su alma.

Levantóse, tiró de la campanilla y ordenó al criado que se presentó:

—Diga usted á miss Ofelia que traiga á Luz.

Un instante después, el aya entró con la niña.

—Gracias: llamaré dentro de un instante—dijo Dolores al aya, que se retiró al oír estas palabras.

—Aquí está tu hija, Florestán—observó la joven poniendo á Luz sobre las rodillas de su padre: ora mueras, ora salgas ileso, la expatriación ó el sepulcro te apartarán de ella; dale, pues, el último adiós.

Florestán inclinó su marchito semblante sobre la rubia cabeza de Luz, y de sus ojos se desprendieron dos gruesas lágrimas.

—Dolores—dijo, devolviéndosela un instante después,—no le digas lo culpable que fué su padre para con ella, y edúcala en la virtud, para que rece alguna vez por mí. Y ahora, ¡adiós..., adiós para siempre! ¡Perdonadme, pobres criaturas, y no maldigáis mi memoria!

Florestán se lanzó fuera del aposento, cubriéndose el semblante con su pañuelo para ahogar los sollozos que se escapaban de su pecho.

CAPÍTULO XVII

OTRA DESPEDIDA

Dolores, después de dejar de nuevo á Luz en poder de su aya, permaneció algunos instantes silenciosa.

Luego se echó un chal sobre los hombros, y salió sola de su casa para dirigirse á la de madame Warner. Necesitaba respirar una atmósfera más pura, porque la de su casa la ahogaba.

Dejémosla en aquel tranquilo hogar, adonde iremos á encontrarla en breve, y volvamos al Conde, quien, después de recibir el terrible bofetón de Florestán, se fué á su casa, como para ocultar su vergüenza y su desesperación.

Halló á su mujer en el pequeño y lindo saloncito que ya conocemos, rodeada de tres ó cuatro de aquellos adoradores á quienes tenía el poder de volver locos con sus mimos y sus gracias, y á los que jamás concedía el favor más insignificante.

Aquella bella estatua de cera, blanca y de color de rosa, no concedía á ninguno de los que le atri-

buían por amantes ni el favor de besar las puntas de sus lindos y sonrosados dedos.

Concedía algunas dulces miradas; algunas encantadoras sonrisas; la distinción de cogerle el pañuelo cuando se le caía, de llevarle al teatro el ramillete y los gemelos, de regalarle dulces perfumados; nada más, y aun esto se lo concedía á los más favorecidos.

Su gracia hechicera y mimosa hacía esperar nuevas concesiones; pero estas concesiones no llegaban nunca, y, cansados de esperar, había algunos que de amantes, se convertían en enemigos suyos. Éstos eran los que la calumniaban, alabándose de preferencias que jamás habían podido obtener.

Al ver á su marido, se volvió lánguidamente, pues para él era para quien especialmente reservaba su coquetería, y le dijo alargándole la mano:

—¡Ah!; ¡tú por aquí, amigo mío! ¿De modo que hoy vas á darme el gusto de comer conmigo? ¡Si vieras cuánto me alegro!

—Rita—repuso el Conde sin tomar la mano que aquélla le ofrecía,—tenemos que hablar.

Era exactamente lo mismo que Florestán había dicho á Dolores: *tenemos que hablar*. Los cuatro almibarados visitantes dejaron sus sillas, y se

despidieron de la Condesa al verse así despedidos por su marido.

—¡Dios mío!; ¡qué habrán dicho esas gentes, Gonzalo!—exclamó Rita cruzando las manos y dirigiéndose al Conde.—Eso ha sido casi despedirlos.

—Ha sido despedirlos positivamente—repuso el Conde.

—Pero ¿qué es eso? ¿Tienes que decirme algo en secreto, Gonzalo?

—Sí, Rita. Óyeme con atención: mañana, al amanecer, tengo un duelo.

—¡Un duelo!—repitió la Condesa.

—¡Sí, un duelo á muerte... y por ti! Voy á batiirme con Benavente.

—¡Gran Dios!—exclamó la joven levantándose pálida y demudada, porque en realidad no tenía mal corazón:—¡un duelo con Benavente... y por mí!...

—Sí. Tus coqueterías le han vuelto loco...; ha buscado un pretexto, le ha hallado para provocarme..., me ha insultado, me ha herido el rostro... y mañana nos batimos. Rita, esta misma noche déjalo todo aquí, y vete á Madrid al lado de tu hermana..., en donde permanecerás hasta que vuelvas á casarte honradamente.

—¡Qué dices!—exclamó la Condesa;—¡que te deje!.. ¡No, no, Gonzalo!... ¡Yo te amaba hasta el punto de casarme contigo sabiendo tus compromisos con otra mujer!... Hoy, al ver en peligro tu vida, siento renacer aquel amor... ¡el primero de mi vida y el último!

Rita hablaba estrechando las manos de su marido y anegada en lágrimas.

—¡Pobre niña!—murmuró el Conde:—¡qué extraño es que te hayas dejado deslumbrar por la lisonja, si aún no tienes diez y ocho años! ¡No llores así, porque necesito conservar todo mi valor para vengar mi injuria, y tú me lo quitas! ¡Yo te amo con pasión, con la única pasión verdadera de mi vida, y moriré amándotel... ¡Ay!; ¡en nuestra clase parece ridículo el tener corazón, y por lo mismo nos está vedada la dicha del hogar doméstico!... Pero los instantes son preciosos, y no debo pasarlos en ociosas lamentaciones. Oye, para que no te juzgues tan culpada y para que cumplas un encargo mío.

Mis compromisos con esa joven que acabas de nombrar iban mucho más allá de lo que tú supones: poco después de nuestro enlace, dió ella á luz una niña...; tu hermana, tu noble hermana la ha criado.

—Berta no me ha dicho nada nunca—observó Rita enjugando sus lágrimas.

—Lo sé; tu hermana es demasiado generosa para afligirte inútilmente. Esta niña ha sido reclamada hace poco por su madre; cansado yo de la soledad moral en que tu género de vida me dejaba, fuí esta misma tarde á pedir mi hija á Dolores... y se la pedí de rodillas...; pero me la negó... En esta humillante postura me sorprendió su marido, y me insultó... ¡de un modo que sólo se puede lavar la mancha de esta afrenta con su muerte!... Tal vez yo seré el que muera, y ya sea así, ó ya sobreviva y tenga que pasar á país extranjero, te suplico, Rita, que hagas lo posible por arrancar á esa niña del poder de su madre.

—Te lo ofrezco—dijo la pobre Rita, cuya ligereza se había fundido en un inmenso dolor.— ¡Quiera Dios dejarte vivir para que yo pueda reparar mis faltas contigo! Pero sea cualquiera tu suerte, tu hija será como si fuera la hija de los dos.

—¡Gracias, Rita!—respondió el Conde:—nunca he desconfiado de tu generosidad. Pero esa mujer no querrá dártela...; esa mujer no tiene corazón...; su alma está petrificada, ¡y soy yo quien la ha hecho dura como el mármol! Era un ángel,

¡y yo la he convertido en un demonio! Si no te la da, vela al menos por ella.

—Haré todo lo que pueda, y no dejaré de trabajar hasta lograrlo.

—Nada más te encargo—prosiguió Gonzalo:— nada más si no que, si te casas, te fijes mucho en la elección, no des con un hombre indigno de ti, mi pobre Rita... Esa sería la mayor de las desventuras...; esa ha sido la perdición de esa pobre mujer; esa es la desgracia de muchas infelices criaturas que el mundo juzga y abrume con su execración. Ahora, adiós, Rita—prosiguió el Conde, procurando dar alguna firmeza á su voz:— parte á Madrid esta noche misma... Yo creo que Dolores marchará también, puesto que su separación de Benavente es irremediable. Si permanece aquí, reclámale á mi hija desde allí... y haz todo lo que esté en tu mano para lograr su tutela.

—¡No! ¡nada haré, Gonzalo, hasta saber tu suerte en ese duelo fatal, que quisiera evitar á costa de mi vida! ¡Déjame aquí, en tanto que tú haces tus preparativos, para rogar á Dios por tí!

El Conde, sin responder, abrazó á su mujer y se retiró á su cuarto para arreglar sus papeles y disponerse á fin de estar con su testigo en los Inválidos al rayar el nuevo día.

CAPÍTULO XVIII

EL DUELO

Dolores halló á Margarita trabajando entre sus dos hijos, según costumbre.

Una pequeña lámpara de cristal con pie de bronce ardía sobre una mesita cubierta con un tapete; y alumbrada por aquella dulce claridad, Margarita bordaba una exquisita pieza de batista: era una camisa de mujer, adornada de preciosos encajes. Dolores echó sobre ella una mirada distraída, y vió que Margarita terminaba la última letra del nombre *Coralia*.

Una sonrisa amarga se dibujó en sus labios, y brotó en su corazón un pensamiento más amargo todavía.

—He aquí—pensó—esta noble criatura trabajando para una mujer perdida. Aquí está ella consumiendo su frágil existencia en adornar á esa mujer que pasa su vida en la opulencia comprada con la deshonra. ¡Y ésta es la justicia del mundo!...